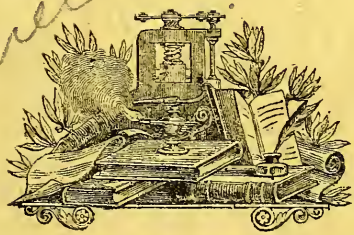
Almeida
11497

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION
DE LAS MEJORES OBRAS
DEL TEATRO
ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL
Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



LIBRERÍA DE MOYA.
MÁLAGA.
Periódicos y libros para leer á domicilio.

LIBRI RIOS.

24

renta y Librería
del Comercio,
de los Mártires Nº 10,
MALAGA.

CATALOGO *de las comedias que contiene esta Galeria.*

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un tercero en discordia.
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlam.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca finjida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La batelera de pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Un novio á pedir de boca.
Un frances en Cartagena.
Por no decir la verdad.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde, ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendarias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
Finezas contra desvios.
Guillermo Tell.
El gran capitan.
El desengaño en un sue
Mas vale llegar á tiemp
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª
Apoteosisde Calderon.
El zapatero y el rey 2.ª
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retir
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistado
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Ara
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antaí
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde.
Rivera.
El rigor de las desdichas
Las simpatias.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluca
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin diner
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.
De un apuro otro mayor.
Empeños de una venganza
¡Es un bandido!

¡UN JESUITA!

COMEDIA

en tres actos y en verso,

ORIGINAL DE

DON MANUEL CAÑETE.

spresamente escrita para el beneficio de la inestimable actriz doña Gerónima Llorente.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Febrero de 1846.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA MARÍA.	*Doña Gerónima Llorente.*
ISABEL.	*Doña Teodora Lamadrid.*
DON JUAN DE PRADO. . .	*Don Carlos Latorre.*
DON CARLOS DE ONÍS. . .	*Don Florencio Romea.*
EL MARQUES VANUCCI. . .	*Don Pedro Sobrado.*
PEÑABLANDA.	*Don Antonio de Guzman.*
UN ALCALDE.	*Don Patricio Sobrado.*
DOS CABALLEROS. . . .	*Don N. N.* *Don Carlos Spuntoni.*

DAMAS Y CABALLEROS. - CRIADOS. - MONTEROS. - SOLDADOS.

La accion acaece en el reinado de Carlos III de España.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

A LOS SEÑORES

D. Juan B. Sandoval y Manescau

y D. Joaquin José Tervino.

Recibid, queridos mios, esta memoria, no como prenda de valía, pues se halla muy distante de serlo; sino como un débil testimonio del acendrado y leal afecto que os profesa vuestro invariable amigo

Manuel Cañete.

608754

Acto primero.

Pequeña esplanada en medio de un bosque, á corta distancia de Madrid. A la izquierda del espectador, y empezando en los bastidores, una gran tienda de campaña, que sirve de lugar de descanso en la montería. Malezas y hojarasca en el fondo: en primer término algunos bancos de tosca piedra con respaldos.

ESCENA PRIMERA.

Óyese á lo lejos el ruido de una montería. Trompas de caza, gritos, etc. Algunos criados con traillas de perros atraviesan por el fondo. DOÑA MARÍA *y* PRADO, *seguidos de* ISABEL, VANUCCI *y* PEÑABLANDA, *salen de la tienda de la izquierda, departiendo. Isabel se dirige á una pequeña eminencia que habrá hácia la derecha del foro: Vanucci la obsequia, sin que ella corresponda á sus rendimientos: Prado y doña María conversan en el primer término; y Peñablanda se pasea por en medio del escenario, procurando oir lo que estos últimos hablan.*

PRADO. (*A doña María.*)
Oís, oís el sonido
de la trompa venatoria,
cómo llama á la victoria
al montero enardecido?
Cuál la alegre griteria

de los fuertes batidores,
y de galgos ladradores
la magnífica jauría
dan pavor á monte y llano,
mientras brama y la hora espera
de ser víctima, la fiera,
de algun acero inhumano?
Escuchais el relinchar
del caballo generoso,
que impaciente y animoso
á la lid ánsia volar?...
Ah! Yo afirmo, por mi vida,
que para mí no hay placer
tan grande, como el de ver
dar principio á una batida.

MARIA. Pues esta no tardará
en mostraros la ocasion.

PRADO. Alabo vuestra aficion;
y quién no la ensalzará?
La caza mayor, señora,
es ejercicio de reyes,
pues sigue las mismas leyes
con que la guerra se honora:
en ella con el valor,
del ingenio acompañado,
del bruto que ruge airado
se postra luego el furor;
y el espíritu sereno
en el trance mas cruel,
altivo se burla dél
obrando al fin como bueno.—
Mas no es esta cualidad
tan solo la que os señala
como á la flor y la gala
de la buena sociedad;
díganlo la multitud
que á tan noble corazon
tributa en pura ovacion
la mas tierna gratitud,
y ese lujo, esa riqueza
con que en la corte vivís,
donde á veces competís

aun con la misma grandeza.

MARIA. (*Con mal disimulada satisfaccion.*)
Sois galante por demas
esta vez, señor de Prado;
aunque en verdad, bien mirado,
pocas como yo jamas
hacer buen uso han sabido
de su buena posicion;
pues, en mas de una ocasion,
con fausto la he sostenido:
y así es que cada dia,
gracias á tales razones,
recibo mil distinciones
de la gente de valía.

PRADO. (*En tono de marcada adulacion.*)
Y no es tan solo de ayer
tan noble prestigio.

MARIA. (*Afectando rubor.*) Ba!...

PRADO. Há tiempo que el mundo os da...
lo que sabeis merecer.

MARIA. (*Bajando los ojos con aire ridículo de modestia.*)
Qué quereis decir?

PRADO. No ignoro
una distincion, señora,
que aunque mucho os avalora
y ensalza vuestro decoro,
siempre, á decir la verdad,
y hora os habla el alma mia,
me pareció que os sería
de responsabilidad.

MARIA. Con que sabeis...

PRADO. Sí por Dios.

MARIA. Hablad bajo.

PRADO. Sé muy bien
que nunca hubísteis desden
á quien sufre; sé que vos
por reparar los errores
de una amiga desgraciada,
que ora en la eterna morada
tal vez llora sus amores,
arrostrásteis con valor
que las lenguas maldicientes

propalasen insolentes
que fruto de vuestro amor
era esa niña gentil
(*Señalando á Isabel.*)
que os quisieron confiar.

MARIA. Y hay alguien que pueda atar
la lengua al vulgo incivil?

PRADO. Nadie: mas aún terminada
obra tan bella no está.
Esa jóven se halla ya
en la edad mas adecuada
para tomar luego estado;
y como hoy goza el poder
su padre, pudiera ser
que algun ambicioso osado...

MARIA. (*En tono afectadamente patético.*)
Ay! Si supiérais qué duelo
sobre mi siento años hace...
pero al fin ya se deshace;
y como, gracias al cielo,
tengo alguna comprension...
algun mundo... tal vez hora...

PRADO. Yo asi lo juzgo, señora.

MARIA. Si no miente el corazon,
deba solo á mi *talento*...
digo, á mi *esperiencia*, el que
todo mas á punto esté
que imagina el pensamiento.

PRADO. (*Ap.*) (Ella misma se descubre!)

MARIA. Pues como hija natural,
no á un enlace principal,
que tales manchas no encubre,
aspirar puede.

PRADO. (*Con intencion.*) Y, quién sabe?...

MARIA. No: debe estar muy contenta
si un jóven honrado intenta,
y si es rico...

PRADO. Cosa es grave
que os importa meditar;
porque á veces la apariencia...
Yo á vuestro ingenio, en conciencia,
nada debo aconsejar;

y menos aun todavia
que ignoro el sujeto.

MARIA. Quiero
como á amigo verdadero
deciros...

PEÑAB. (*Ap.*) Santa María,
qué hablar sin fin!

(*A una seña significativa de don Juan de Prado, se acerca á escuchar lo que Vanucci dice á Isabel.*)

ISABEL. (*En lo alto de la eminencia y mirando hácia adentro.*) Cuánto tarda!

VANUCCI. (*A Isabel, con petulancia.*)
Me parece, señorita,
que un pensamiento os agita;
y si, cual juzgo, es que aguarda
vuestro afecto ya impaciente
á un caballero moroso,
yo me tendré por dichoso
en remplazarle. Consiente
vuestra bondad?

ISABEL. (*Con frialdad.*) Gracias.

VANUCCI. No?

ISABEL. Estoy en aquesta altura
contemplando la hermosura
de aquel paisage.

VANUCCI. Pues yo
que fuérais mas franca creo
de lo que sois, en decir
que tan solo maldecir
ha sido vuestro recreo
esa desierta vereda
que paso á la corte da.

ISABEL. (*Secamente.*) Estais engañado.

VANUCCI. (*Con sonrisa maliciosa.*) Cá!
Es imposible que pueda
equivocarme, imposible!...
Yo estoy al cabo de todo,
y aun no se ha inventado el modo
de que se haga imperceptible
para mí, lo que deseos
tengo de saber, alhaja!...
Yo conozco el alta y baja

de todos los galanteos;
juzgad si facil será
que ignore así torpemente...

ISABEL. (*Ap.*) Qué hombre tan impertinente!

VANUCCI. Mas hoy me permitirá
vuestra bondad que critique
la eleccion. Apostaría
cualquier cosa á que este dia,
sin que esto á ninguno pique,
el *dichoso* se entretiene
en ajustar una cuenta
de *cargo* y *data*, ó intenta,
mientra en ansiedad os tiene,
pesar la equivocacion
de algunos maravedises.
Oh! reniego de Amadises
que parten del corazon
las íntimas afecciones
entre amar á una hermosura
y adorar la ciencia oscura
de mil especulaciones!

PEÑAB. (*Ap.*) Bravo!

ISABEL. (*Aparte.*) Si fuese verdad
que no me amase!...

VANUCCI. Sujetos
hay en la corte perfetos
y de ilustre calidad,
cuya sola ocupacion
es dar gusto á su deseo,
que hallaran un digno empleo
rindiéndoos su corazon.

ISABEL. (*Ap.*) Esto solo me faltaba
para aumentar mi sufrir.

VANUCCI. Yo, por ejemplo, sin ir
á otra parte.—Y no se alaba
mi vanidad.—Halagado
del aura de la fortuna,
y no solamente de una
muger hermosa envidiado,
cual señal de mi querer
os rindiera en mi desvelo
las mil dotes con que el cielo

me quiso favorecer.

ISABEL. (*Con dignidad.*)
Pues yo, que esas cualidades
reconozco, y que aseguro
no merecerlas, os juro
que mal tercio á esas beldades
que las envidian no haré.

(*Se acerca á doña María: Vanucci la sigue.*)

VANUCCI. No merecerlas, decís?
Vos que mi pecho rendís,
vos á quien siempre adoré...
vos...

(*Isabel vuelve hácia el proscenio como para librarse de Vanucci, y este la sigue importunando hasta que, al llegar adonde estan Prado y doña María, aquel lo reprende y desconcierta con una mirada severa y significativa: Vanucci dice entonces aparte:*)

Por Dios, no merecia
este ataque de emboscada
que tocasen retirada.
Cuándo al fin llegará un dia
en que yo acierte?!

PRADO. (*Aparte al marques.*) No veis
que la cansa el escucharos?
De qué me sirve indicaros
lo que hacer siempre debeis?

(*Doña María habla con Isabel. Prado se dirige adonde está Peñablanda y habla con él en secreto, pero de un modo que no pueda infundir sospechas en los demas: Vanucci dice aparte:*)

VANUCCI. Vea usted, y yo acertar
pensaba de todo en todo;
lo que es de distinto modo
las mismas cosas mirar!!

MARIA. Ya de dar principio es hora.
No te parece, Isabel?
(*En tono pedantesco.*)
El generoso corcel
está esperando.

PRADO. (*Dirigiéndose á doña María.*) Señora,
si os dignais, el caballero
Vanucci hoy os servirá.

MARIA. Que Isabel recibirá
en ello un placer infiero,
puesto que Carlos no viene
y el favor no solicita.

PRADO. (*Con intencion.*)
Ya se ve, si alguna cita...
antes de esta cita tiene...

ISABEL. (*Con gran interes.*)
Cómo?... Otra cita?... Ay de mí! (*Aparte.*)

PRADO. (*Afectando indiferencia.*)
Si... de... un amigo: quién sabe?...
acaso un negocio grave...
algun...

ISABEL. (*Aparte, y con mal disimulada satisfaccion.*)
Cielos!... Ya está aquí!

ESCENA II.

DICHOS. DON CARLOS.

(*Carlos entra muy abatido; saluda y contesta con embarazo.*)

MARIA. Amigo, caro os vendeis,
señor don Carlos.

CARLOS. Señora...

MARIA. Os habeis hecho esperar,
y estábamos temerosas
de que un mal suceso fuese
causa de vuestra demora.
No es verdad, Isabelita?

VANUCCI. (*A Carlos.*)
Ser puedo, en debida forma,
testigo de su inquietud.

ISABEL. (*A Carlos.*)
Todos culpaban ahora
vuestra tardanza.

CARLOS. Isabel...

MARIA. (*A Carlos.*)
Decidnos, pues, quién nos roba
la dulce satisfaccion
de que haya vuestra persona

honrado con su presencia
estos bosques, á la hora
convenida.

CARLOS. Quién?... (*Aparte.*) No sé
por mi vida qué responda.

ISABEL. (*Aparte.*) Se ha turbado!...

PRADO. (*A doña María, mirando á don Carlos con espresion.*)
A un comerciante
no hay que preguntar, señora,
los motivos que ha tenido
para no alcanzar la gloria
de haber llegado el primero
á disfrutar de la honra
que ofrece la compañia
de unas damas tan hermosas
y privilegiadas; pues,
por ventura, nadie ignora
que para él hay atenciones
de que es esclavo... y mil cosas
que nosotros no podemos
comprender... pero que cortan
(*Acentuando estas palabras.*)
á su voluntad las alas.
Acaso alguna imperiosa
(*Dirigiéndose á Carlos.*)
obligacion del momento
habrá sido causadora
de...

CARLOS. (*Apoderándose de la idea apuntada por Prado.*)
Cierto.

VANUCCI. Alguna subasta.
(*Ap. á Isabel.*) O mas bien alguna otra
especulacion en géneros
femeninos, que son cosa...

ISABEL. (*A Carlos.*) Siempre juzgamos que algun
incidente, alguna pronta
é imprevista ocupacion
causase tanta demora;
pues de otro modo don Carlos,
para evitarnos zozobras,
nos lo hubiera dicho ayer.

CARLOS. (*Aparte y consternado.*)
Si sabrá...

MARIA. Vamos, ya sobran
esplicaciones. Si es cierto
que los negocios os roban,
don Carlos, á la amistad,
vuestra razon es notoria. (*Ap. á don Carlos.*)
Isabel está enojada,
y es necesario que ahora...

PEÑAB. (*A doña María.*)
Al instante á dar principio
va la batida.

PRADO. (*A doña María.*) Señora,
será tal vuestra bondad
que me dispenseis la honra
de ser vuestro caballero?

(*Doña María le da la mano, y ambos se preparan á salir de la escena.*)

PEÑAB. (*Al ver partir á doña María.*)
Pues señor, estoy de sobra
en el mundo: así se va
sin mirarme y sin... la broma
es un poquillo pesada;
y si él fuese otra persona
y no un superior, por Cristo
que se habia de arder Troya.

(*Se va, siguiendo á doña María y á Prado.*)

ISABEL. (*A don Carlos.*)
Son tan tibias las disculpas
que pronuncia vuestra boca,
que no sé qué imaginar.

VANUCCI. (*A Isabel.*) No de lo que os digo ahora
dudeis ya mas, señorita,
y concededme la gloria
de serviros, aunque sea
solo por despique.

ISABEL. (*A don Carlos sin hacer caso de Vanucci.*)
Y sorda
permanece vuestra alma
á mis voces cariñosas?

CARLOS. (*Cada vez mas preocupado.*)
Yo...

VANUCCI. (*A Isabel.*)
Vamos, qué respondeis?
(*Isabel mira á Carlos con despecho, y le da la mano á Vanucci.*)
Ah! por fin no se le logra...
CARLOS. (*Volviendo de su enagenamiento.*)
Cómo?!...
ISABEL. (*A don Carlos con dignidad.*)
Está de Dios que hoy
llegueis siempre á mala hora.
(*Vase con Vanucci por la izquierda del actor.*)

ESCENA III.

DON CARLOS.

CARLOS. No sé dónde estoy!... La frente
se me abrasa... Ni he sabido
qué contestarle, ni sé...
Ah! Cuando el hado propicio
halagaba mis deseos
concediéndome el cariño
de la muger que idolatro;
cuando en mi amante delirio
soñaba ya poseer
tan celestiales hechizos,
tal virtud... cuando creia
poder ofrecerla el brillo
de mis riquezas, y hacer
de este mundo un paraiso,
para que en él encontrase
de sus sueños mas floridos
la envidiada realidad, -
en mí se ceba el destino!...
En mí!!... Una combinacion
infernal, que en vano aspiro
á comprender, aniquila
mis esperanzas!... Dios mio!
y hasta mi reputacion
llega á poner en peligro:
mi reputacion sin tacha,
que mas que la vida estimo! —

De qué tan largos afanes,
cielos!... de qué me han servido,
si aquellos por quienes hice
tan inmensos sacrificios
hoy mancharan mi honradez,
mi honradez!!... Vamos, yo mismo
no lo alcanzo todavía. —
Esto es horroroso, inícuo!...
Pero... notarán mi falta:
marchemos á... Mas qué digo?
Yo no estoy para gozar,
y el placer es un suplicio
cuando así vislumbra el alma
los horrores de un abismo!

(*Déjase caer, en estremo abatido, sobre uno de los bancos que habrá en el primer término.*)

ESCENA IV.

DICHO. PRADO.

(*Prado sale por el mismo sitio que se marchó; echa una mirada penetrante á don Carlos, y dice sonriéndose maliciosamente.*)

PRADO. Aquí está. Tratemos hora
de sacar todo el partido
de su situacion: merced
á mi plan, sus compromisos
no podrá satisfacer.
Todo está bien prevenido;
y el medio de cautivar
con los mas pesados grillos
á estas almas generosas...
es hacerles beneficios.

(*Se adelanta y toca ligeramente en el hombro á don Carlos. Este se vuelve, y al verle procura ocultar su emocion.*)

Cosas suceden, pardiez,
señor don Carlos, mi amigo,
que por mas que lo procuro
apenas me las esplico.

Llegais dos horas mas tarde
de la señalada al sitio
adonde estabais citado;
os disculpais dando indicios
de una estrema turbacion;
y cuando todos reunidos
se alejan de este lugar
para dar luego principio
á la montería, en vez
de prestar vuestros oficios
á las damas, os quedais
en estos boscajes fijo
mostrándoos indiferente
á todo...

CARLOS. Sí, distraido
estaba.

PRADO. Yo nunca hubiera
turbado en este retiro,
de un modo tan indiscreto,
lo que, segun imagino,
meditábais, á no haber
doña María exigido
que aquí viniese á buscaros.
Ya sabeis su genio vivo...

CARLOS. Señor de Prado, vos nunca
podeis ser inadvertido;
y el talento con que há poco
ocurrísteis al proviso
delante de las señoras,
en aqueste lugar mismo,
á disculparme, es señal
que me prueba á lo infinito
la distincion que os merezco...
la cual hija no ha podido
ser del trato; pues aun
há tan poco que recibo
el placer de conoceros.

PRADO. Yo no ignoro, amigo mio, —
y entended que habla tan solo
mi esperiencia en cuanto digo; —
que en la vida hay situaciones
en que todos los auxilios

de la amistad, aun no bastan
á evitarnos los conflictos
que en sí mismas nos ofrecen;
y como, segun colijo,
vos... pudiérais encontraros
en alguna...

CARLOS. (*En estremo consternado.*)
No, yo os fio
que en este momento no...
lo que es ahora...

PRADO. (*Aparentando la mayor franqueza y buena fé.*)
Preciso
se me hace ya confesaros
que inspirarme habeis sabido
una amistad verdadera,
un interes grande, hijo
de profunda simpatía
cuyo origen no adivino.

CARLOS. (*Con efusion.*)
Pero que yo como honrado,
como caballero estimo!

PRADO. Además, esta mañana...

CARLOS. Qué?

PRADO. Merced á mis amigos
y á mis grandes relaciones,
han llegado á mis oidos
noticias poco agradables
para vos.

CARLOS. Cómo?! Os han dicho...

PRADO. Sí, que os han negado el pago
de letras cuyo sabido
valor habeis menester
para saldar compromisos
imprescindibles; que estais
al borde de un precipicio;
y que tal vez una quiebra...

CARLOS. (*En la mayor agitacion.*)
Ah! callad!... yo os lo suplico.
Vos no sabeis cuánto sufro!...
No sabeis que no he dormido
ni un minuto en esta noche,
á fin de encontrar arbitrios

para evitar la ruina,
no del interes mezquino,
no; de mi honor, por el fraude
vilmente comprometido!
y que todo ha sido en vano,
todo, todo, amigo mio!... —
Despues de mucho pensar
ni aun recurrir he querido
á algunos, por el temor
de que anunciasen indignos
el desastre que me aguarda;
y hasta he venido á este sitio
por disipar las sospechas
que tal vez hayan nacido. —
Sin embargo, todavía
alguna esperanza abrigo.
Quizá, quizá, mis deudores
saldaran sus compromisos,
y entonces cumpliré yo
como honrado con los mios.
Sí, sí, lo harán por su bien...
me deben tanto!!...

PRADO. (*Afectando un profundo sentimiento.*)
Yo os digo
la verdad, aun á despecho
de pareceros prolijo.
Esa esperanza es inútil.
Este es un plan convenido
de antemano, por aquellos
cuya torpe envidia ha visto
que sin usar malas artes
os habeis engrandecido:
y á estas horas ya habrán puesto —
no lo dudeis — al abrigo
sus intereses de un golpe
que pudiera destruirlos.

CARLOS. Qué decís? Serán capaces
de dar cima á ese designio
tan vil?

PRADO. Sí, no lo dudeis.
Yo, que intereses dirijo
de gran consideracion,

averiguarlo he podido
con toda certeza; pero
sosegaos, y á reuniros
íd ya con doña María.
Disimular es preciso...

CARLOS. (*Despechado.*)
No, no! Es preciso morir!!

PRADO. (*Aparentando estar conmovido.*)
Ah! Conozco, amigo mio,
vuestra estremada honradez,
y quiero daros hoy mismo
(*Saca una gran cartera del bolsillo.*)
una prueba irrecusable
de lo mucho que os estimo,
y de la gran confianza
que me debeis.

CARLOS. (*Sorprendido.*) Qué designios
son los vuestros, responded?

PRADO. Sacaros de compromisos. —
(*Abre la cartera y examina las letras y billetes que en ella hay: entre tanto dice aparte:*)
Cumplamos lo que me ordenan,
que con este no hay peligro. —
Ahi teneis la cantidad
(*Entrega á don Carlos la cartera abierta: este examina los papeles que contiene.*)
bastante para cubrirlos:
os la entrego sin recelo;
y cuando hayais conseguido
las intrigas deshacer
de los viles enemigos
que os persiguen, me dareis
los valores que os confio.

CARLOS. Ah! tal generosidad,
tal favor!... Es un delirio?...
Con qué podré agradecer
tan inmenso beneficio?... —
Pedid mi sangre, mi vida,
que todo será mezquino
para pagar... Mas no debo,
señor de Prado, admitirlo,
sin dar las seguridades

que exijais...

PRADO. No necesito
de vos ninguna. Además
(*Yéndose hácia el fondo.*)
allí á Vanucci distingo
que á este lugar se dirige;
es necesario reunirnos
con las damas al instante,
que harto aqui nos detuvimos.
Ya todos prontos se hallan:
vamos?

CARLOS. (*Mirando á dentro.*)
Ah! qué es lo que he visto?!...
El caballo de Isabel,
por ella mal reprimido,
acaba de desbocarse.

PRADO. (*Mirando á dentro en estremo consternado.*)
Y ese Vanucci maldito
que la abandona!

CARLOS. (*Yéndose precipitadamente por la izquierda del actor.*)
Yo corro
á salvarla del peligro!!

ESCENA V.

DON JUAN DE PRADO.

PRADO. (*Mirando hácia á dentro con el mayor interes.*)
Oh!... va á perecer... no hay duda!...
Terrible fatalidad!...
Y hoy que fuera su beldad
necesaria en nuestra ayuda!...
Hoy que por ella el poder
pudiéramos conseguir,
van los planes á morir
casi al tiempo de nacer!...
Y esto, cuando ya he logrado
á su amante encadenar;
cuando pudiéramos dar
casi casi por ganado
el pleito de que algun dia

se enlace con el marques
de Vanucci, que al fin es,
ciego á la voluntad mia,
un magnífico instrumento
en nuestras manos!... por Cristo!...
Mas si Vanucci anda listo
tal vez en este momento
pueda al bruto contener;
tal vez... tal vez... sueño en vano:
si el peligro mas liviano
ha presumido entrever
no hará nada el muy cobarde! —
Pero Carlos... (*Redoblando su atencion.*)
Ella avanza,
y él casi el caballo alcanza!...
Cielos!... si llegará tarde?
No descubro desde aquí...
Es tan grande la espesura...
Corramos á aquella altura,
y acaso...

(*Se va por la pequeña eminencia que hay en el fondo, á la derecha del espectador.*)

ESCENA VI.

DON CARLOS, *que sale con* ISABEL *desmayada en los brazos, por los primeros bastidores de la izquierda del actor, y la coloca sobre un banco de piedra cerca del proscenio.*

CARLOS. No vuelve en sí,
y á nadie consigo ver
que hora me pueda ayudar
á socorrerla!... qué azar!...
mas no hay tiempo que perder.
(*La coloca en el banco.*)
Isabel, Isabel mia!...

(*Estrecha con la mayor efusion una de las manos de Isabel.*)

Ah! qué venturoso he sido,
pues salvarte he conseguido
de la muerte!... — Aun está fria.

Si agua pudiera encontrar
en esa tienda... Yo vuelo,
vuelo á buscarla, que el cielo
no nos ha de abandonar! (*Entra en la tienda.*)

ESCENA VII.

ISABEL, *desmayada.* PRADO *y* VANUCCI, *que salen por la eminencia del fondo.*

PRADO. No sois para nada! Habeis
dejado que hora un rival
en este trance fatal
le salve la vida!... Creeis
que es este el medio mejor,
por ventura, de poder
algun dia merecer
que en vos coloque su amor?

VANUCCI. Queriais, amigo Prado,
para atajar su carrera
que yo de alfombra sirviera
á un caballo desbocado?...
No señor: yo estimo en mas
la vida que Dios me dió;
pues si una vez se perdió
no se recobra jamas.

PRADO. (*Reparando en Isabel y corriendo hácia ella, despues de haber mirado si hay alguna persona cerca de allí.*)
Qué miro?... Venid aquí (*Al marques.*)
y haced del amante fiel:
venid al punto.

VANUCCI. (*En estremo sorprendido.*)
Isabel!...
Isabel!... no es ella?

PRADO. Sí.
Veamos pues si sabeis
demostrar resolucion
ya que tan buena ocasion
á la fortuna debeis.
Pronto, sostenedla vos...
(*Al marques con la mas significativa espresion.*)

vos... que la habeis libertado,
me entendeis?...

VANUCCI. (*Cada vez mas sorprendido.*)
Oh amigo Prado...

PRADO. Sabed fingir bien, por Dios!

VANUCCI. Es cosa de encantamiento?...

ISABEL. (*Volviendo de su desmayo.*)
Ay de mi!...

PRADO. Respira ya?

MARIA. (*Dentro.*) Isabel!... adónde está?...
Volad todos al momento!...

ESCENA VIII.

DICHOS. DOÑA MARÍA, *que sale en la mayor agitacion, acompañada de* PEÑABLANDA, MONTEROS *y* CRIADOS, *por la izquierda del actor. A poco* DON CARLOS *por la derecha.*

MARIA. (*A los que la acompañan.*)
Volad!... — Isabel, Dios santo!...
(*Reparando en Isabel, y corriendo hácia ella.*)

PRADO. (*Procurando calmar la agitacion de doña María.*)
Nada, señora, temais,
que ya en salvo la encontrais.
Enjugar podeis el llanto.

ISABEL. (*Abriendo los ojos.*)
Dónde estoy?...

VANUCCI. (*Medio cortado.*) Junto al dichoso
que ha logrado...

ISABEL. (*Despues de haber echado una mirada á su alrededor, y con el acento de la mas profunda amargura.*)
Ah!... no era él!!
Madre!... (*Echándose en los brazos de doña María á fin de ocultar su conmocion.*)

MARIA. Querida Isabel,
vuelve á cobrar tu reposo.
(*Se vuelve al marques y le dice con el acento de la mas espresiva gratitud:*)
Nunca el alma olvidará,
marques, que os debe la vida.

VANUCCI. Recompensa mas cumplida,

señora, hallarse podrá?

CARLOS. (*Que ha oido estas últimas palabras, deja caer una vasija pequeña y llena de agua que traía en la mano, y se va á lanzar ciego de ira sobre el marques.*)
Qué es lo que escucho?... Traidor!!

VANUCCI *é* ISABEL. Ah!

PRADO. (*Deteniéndolo.*) Don Carlos!...

MARIA. (*Con estrañeza.*) Qué teneis?...

PRADO. (*A don Carlos en voz baja, y con la mayor espresion posible.*)
Yo os suplico que calleis...
Conservad *por mí* su honor!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Salon de descanso en casa de doña María, ricamente iluminado. A la derecha del actor puertas que dan paso á la parte esterior del edificio; á la izquierda las de las habitaciones interiores: en el fondo varios salones paralelos lujosamente adornados.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARÍA, *en trage de baile;* PEÑABLANDA, *de gala, y varios* CRIADOS *en el último salon del fondo, encendiendo las arañas y haciendo los demas preparativos propios de un sarao.*

PEÑAB. Sí señora!
MARIA. No señor,
no es posible!
PEÑAB. (*Impacientado.*) Cuando digo!...
MARIA. Qué habeis de decir, si estais
siempre con los angelitos?
PEÑAB. Pues lo sé de buena tinta!
MARIA. Visiones solo á que un niño
no diera crédito.
PEÑAB. (*Picado.*) Es claro!...
Como que soy un novicio
en tratándose de amores,
me engañan como á un chiquillo! —
Nunca creyera que usted,
usted misma!...

MARIA. Yo no digo...
Pero como eso no tiene
fundamento!...

PEÑAB. (*Incomodado.*) Quién lo ha dicho?
Lo tiene, lo tiene, y todo
lo está diciendo clarito;
sí señora: por ventura
tan pronto da usté al olvido
lo que ayer pasó en el campo?

MARIA. Qué pasó?... Yo nada he visto
que pueda hacerme creer
que don Carlos es indigno
del amor que Isabelita
le profesa y distraido
está en otros amorzuelos.

PEÑAB. Con que nada, eh?... cuando quiso
lanzarse como una furia
del infierno al pobrecito
del marques, tan solamente
porque, con grande peligro
de su vida, libertó
de dar en un precipicio
á la señorita! — Y luego
que se fué de aquellos sitios,
gracias á don Juan de Prado,
de un modo tan repentino,
ha vuelto á dar sus disculpas?...
No señora!... y... lo repito:
usted dudar no debiera
de quien siempre la ha tenido
tanto amor, y pruebas tantas
la ha dado de su cariño. —
(*Aparentando resentimiento.*)
Si yo demostrar pretendo
la verdad, es porque he sido
siempre un firme centinela
que he velado en los peligros
por evitar los desastres;
y usted sabe bien que fijo
en el cumplimiento exacto
de mis deberes, no fio,
cuando se trata de usted,

á ningun estraño indigno
lo que interesarla puede;
sino que corro yo mismo
á complacerla: y por cierto
que nunca usted ha tenido
que decirme — Peñablanda,
tú has obrado mal conmigo

MARIA. Todo eso está muy bien;
mas no alcanzo á qué ha venido
tanta prosa para nada. —
Si *tú* me has hecho servicios...
quiero decir; si *usted* siempre
ha velado con ahinco
porque jamas abusasen
de mi generoso instinto,
tambien yo recompensar
sus desvelos he sabido,
y creo que por mi parte... (*Con dulzura.*)
Usted no ignora, amiguito,
que mas bien que ama severa
para usted amiga he sido...
y amiga... muy cariñosa!

PEÑAB. (*Sin dejar su tono gruñon.*)
Es verdad: y por lo mismo
me parece tan estraño
que con su claro juicio
no quiera usted penetrarse
de que solo el celo mio,
mi afan de que cada hora
tenga su nombre mas brillo
y haga en la corte el papel
que merecen sus hechizos,
es el solo que me ha hecho
celar á ese señorito,
para que nunca pudiese
deslumbrar con artificios
ni á usted, ni á la pobre niña
á quien engaña atrevido.

MARIA. (*Sorprendida.*)
Qué dice usted?...

PEÑAB. Lo que es cierto.

MARIA. Pero quién lo hubiera dicho!...

Un hombre que parecia
tan caballero, tan fino,
engañar...

PEÑAB. Si era de ene.
Todos estos barbilindos
que no tienen ni conciencia,
ni religion, ni principios
de moral, son una plaga
para la gente de juicio,
á quien con cuatro carocas
trastornan siempre el sentido.
Ya se ve; como se pulen,
y se vienen con remilgos
de estrangis, y dicen que
ellos marchan con el siglo,
y qué se yo cuántas cosas
que les enseñan los libros
excomulgados, que aquí,
por arte del Basilisco,
nos suelen mandar de ocultis
esos franceses malditos,
las niñas se van de calle
tras sus falsos atractivos,
y cuando menos lo piensan
dan de piés en el garlito!

MARIA. Sí, ya veo que es verdad
todo eso: pero, amigo,
qué le hemos de hacer si el conde
de buen grado ha consentido
en este enlace, y está
muy contento con Carlitos?
Por otra parte, la niña
siente por él un cariño
estremado; y no teniendo
mas que ligeros indicios
de la falta del galan,
no es facil que dé al olvido
al que tanto quiere: luego
usted sabe que el ministro
es un hombre muy severo,
y yo por mí no transijo
con oponerme á sus órdenes;

de modo que no concibo
cómo habemos de salir
de este trance.

PEÑAB. Es facilísimo.

MARIA. Se burla usted?

PEÑAB. (*Incomodado.*) Yo, señora?!

MARIA. Es que ese tono...

PEÑAR. (*Con mal modo.*) No digo!...

MARIA. (*Con altanería.*)
Qué, qué dice usted?... Cuidado!...

PEÑAB. Pero señora, por Cristo,
si no ha sido mi intencion...

MARIA. Es que usted á lo novicio
es muy socarron; y á veces
se juzga con poderio...
para decir necedades!

PEÑAB. Pero si solo he querido
responderos, á qué viene
ese borboton de...

MARIA. Lindo!...
Fálteme usted al respeto!...

PEÑAB. Señora!... Por San Francisco,
no quiera usted sin razon
armar un batiborrillo
que no nos entienda el diablo!...
Yo dije, y ahora lo afirmo,
que es muy facil destruir
ese enlace convenido;
que á usted le interesa mucho
que se deshaga; que el niño
preferido de Isabel,
en otro amor distraido,
se olvida de ella; y en prueba
de que es verdad cuanto digo,
verá usted cómo esta noche
no viene al baile el mocito!

MARIA. Que no viene?... Tú verás
como yo á Isabel obligo
á que le escriba una carta,
y vendrá.

PEÑAB. Sí?... Os desafío
á que lo intenteis, seguro

de ganar en el litigio. —
Además, á usted, señora,
le conviene que el marido
de su pupila no sea
un cualquiera; sino un título
que os dé consideracion...
(*Con zalamería.*)
aunque usted, por sus hechizos,
no necesite mas lustre
que la luz de esos ojillos.

MARIA. (*Con sonrisa de satisfaccion.*)
Adulador!...

PEÑAB. (*Suspirando.*) Ay, señora!...

MARIA. (*Afectando rubor.*)
Vamos, vamos, no seas niño.

PEÑAB. Alguien se acerca.

ESCENA II.

DICHOS. ISABEL, *que sale de las habitaciones interiores.*

MARIA. Isabel.

ISABEL. Oh, madre mia.

MARIA. Un besito.
(*Se besan Isabel y doña María.*)
Hoy estás encantadora.

PEÑAB. Es con efecto un prodigio
esta noche Isabelita
de celestes atractivos,
y ese trage la realza
de un modo tal...

MARIA. (*Incomodada.*) Señor mio,
déjese usted de requiebros
y mire si ya han cumplido
los demas con sus deberes.

PEÑAB. (*Picado.*) Todo, señora, está listo
hace ya mas de hora y media.
(*Isabel se dirige á mirarse en uno de los espejos que habrá en la escena.*)
Usted sabe...

MARIA. (*Aparte.*) Hum!... qué fastidio
de hombre!... Todas le gustan.

Y por cierto que el Narciso
está gracioso. —
(*A Peñablanda en voz baja.*)
Traidor!

PEÑAB. Señora, por San Remigio;
si ha sido galantería
cuanto á la niña le he dicho.

MARIA. Pues no quiero que usted sea
galante mas que conmigo,
lo entiende usted?

PEÑAB. Sí señora.

ISABEL. (*Volviendo al lado de doña María.*)
Y don Carlos no ha venido?

PEÑAB. Ni vendrá.

MARIA. (*Aparte.*) Jesus, qué hombre!

ISABEL. Cómo?!

MARIA. No es nada.

PEÑAB. Lo dicho,
señorita.

ISABEL. Qué ha pasado,
responda usted?

PEÑAB. Yo me aflijo
por teneros que decir...

ISABEL. Qué?!...

MARIA. Rabiaba por decirlo.

PEÑAB. Ello no es cosa mayor
si se mira por el vidrio
de la conveniencia; pero
como á veces el capricho
puede mas...

ISABEL. Acabe usted!...
Ah! qué insufrible martirio!

MARIA. (*A Peñablanda.*)
Y tiene usted corazon?...

ISABEL. (*Idem.*) Sáqueme usted del conflicto
sin mas rodeos. Qué ocurre?...
Qué, por desgracia ha venido
á comprometer á Carlos
algun azar imprevisto?...
Responda usted!

PEÑAB. (*Afectando sentimiento.*)
Ojalá!

ISABEL. Pues entonces, cómo?...
MARIA. Vivo,
acabe usted de decir
la verdad sin mas ridículos
circunloquios.
PEÑAB. (*A Isabel.*) Pues señor,
ya que el decirla es preciso,
sepa usted... Bien sabe el cielo
que me cuesta un sacrificio
tener que afligir á usted;
pero...
MARIA. Qué posma!
PEÑAB. Clarito!
El señor don Carlos anda,
y esto es cierto, distraido
en otros nuevos amores.
ISABEL. (*Como herida de un rayo, se deja caer sobre un sillon.*)
Ah!
MARIA. (*A Peñab.*) Lo ve usted?!...
PEÑAB. Sí, ya he visto
que se aflige Isabelita,
y yo lo siento muchísimo;
pero mejor es que sepa
de un traidor los artificios,
que no que llore despues
cuando todo esté perdido.
ISABEL. Esa era su distraccion!...
Ni aun ha sabido fingirlo!...
Ah! Tan torpe ingratitud
no la esperó mi cariño.
MARIA. Vamos, consuélate, niña;
yo aún no me determino
á dar crédito en un todo
á las voces que han corrido,
ni me puedo convencer,
mientras que no lo haya visto,
de que Carlos representa
un papel tan fementido.
El no se ha mostrado siempre
caballero, noble, digno?...
PEÑAB. Serpiente con piel de oveja.

MARIA. (*A Peñablanda.*)
Calle usted!

ISABEL. (*Con ansiedad.*) Pero qué indicios
hay que acrediten?...

PEÑAB. Los hay.

MARIA. Ninguno, yo te lo afirmo:
digo... ninguno que sea...
indestructible.

ISABEL. Dios mio,
la incertidumbre me mata!

PEÑAB. (*A Isabel.*)
Mientra usted en este sitio
se adorna solo por él
y le espera; distraido
en otra parte, se olvida
él de usted... y... en fin, lo dicho:
esta noche no vendrá,
porque se lo ha prohibido
yo no sé qué damisela.

ISABEL. Esto mas, cielos divinos!...
A otra muger me pospone,
cuando no ignora el martirio
que con su ausencia padezco?!...

MARIA. Escucha lo que imagino.

ISABEL. Hable usted.

MARIA. Para probar
la certeza que haya habido
en esta noticia, debes
escribirle un billetito
diciéndole que, al instante
que lo reciba, aquí mismo
se persone; y si no viene...

PEÑAB. Ese medio es muy... sencillo;
tan sencillo como inútil!

MARIA. (*Con enfado.*)
Qué sabe usted?! — Todo es pico
este hombre! — Escríbele. (*A Isabel.*)

ISABEL. No, señora; yo no escribo
á quien se olvida de mí,
y pudiera en su delirio
rendir mi carta en trofeo
al pié de su amor impío.

MARIA. Y si no fuese verdad?
Si un espíritu maligno
queriendo perjudicaros...
ISABEL. Ah!... Dice usted bien. Preciso
será entonces escribirle
para conocer de fijo
su perfidia.
(*Se sienta en una de las mesas laterales, y escribe rápidamente.*)
MARIA. (*A Peñablanda, con satisfaccion.*)
Lo ve usted?
PEÑAB. Sí, veo que ese capricho
no dará lumbre.
MARIA. (*Como picada.*) Mejor.
PEÑAB. (*Bajando la voz.*)
Y que á usted, se lo repito,
lo que le interesa mas
es casarla con un título...
(*Se oye reir dentro al marques Vanucci.*)
como por ejemplo.
(*Indicando el lado en que se oyen las risas.*)
MARIA. (*Que no ha fijado la atencion en lo que la ha dicho, hasta estas últimas palabras.*)
Quién?...
PEÑAB. (*Bruscamente.*)
Nadie!
ISABEL. (*Despues de haber cerrado el billete que ha escrito.*)
Ya está.
MARIA. (*Tomando la carta, y acercándose al salon del fondo, en donde hay varios criados.*)
Si?... Francisco!
CRIADO. Señora?
MARIA. Lleva esta carta (*Se la da.*)
al instante á su destino.
ISABEL. (*Oyendo ruido de gente hácia la derecha.*)
Ah!... Huyamos, que hoy para mí
es la alegría un suplicio.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA III.

DOÑA MARÍA. PEÑABLANDA. PRADO. VANUCCI. *En el fondo* CRIADOS. *Prado y Vanucci salen por la derecha.*

VANUCCI. (*A doña María.*)
Huye de aquí por ventura
al vernos Isabelita?
MARIA. Ni lo piense usted siquiera.
PRADO. (*Aparte á Vanucci.*)
No digais mas tonterías. —
(*A doña María, saludando.*)
Señora, á los piés de usted.
MARIA. Señor de Prado...
PRADO. Me inspira
satisfaccion contemplar
belleza tan peregrina
como la vuestra: esta noche,
señora, radiante brilla,
y ninguna parda nube
pudiera ofuscarla impía.
MARIA. Me cubre usted de rubor
con tan poco merecida
lisonja.
PRADO. Podrálo ser,
mas no me lo parecia.
MARIA. Este Prado siempre bueno,
siempre galante... —Me admira
(*Dirigiéndose al marques.*)
veros tan callado ahora,
marques.
VANUCCI. Oh doña María!...
Tambien tenemos nosotros,
aun cuando calaverillas,
cosas serias que pensar;
que no hay flores sin espinas.
MARIA. Y no podremos saber
lo que á meditar le obliga
seriamente?
VANUCCI. Sí por cierto:
para usted el alma mia

no tiene secreto alguno.
(*Siguen hablando en voz baja.*)

PRADO. (*A Peñablanda, con quien habrá estado hablando cautelosamente mientras doña María dirige la palabra al marques.*)
Y esa carta qué le indica?...

PEÑAB. (*Con el acento de la mas respetuosa sumision.*)
Que venga al instante aquí
porque se le necesita
inmediatamente.

PRADO. Y bien?

PEÑAB. La carta es muy espresiva
y yo espero que vendrá...
si no hay alguien que lo impida.

PRADO. Está bien; tú sin embargo
constantemente vigila
con la mayor lealtad,
que el bien de LA COMPAÑÍA
(*Peñablanda hace á este nombre una humilde reverencia.*)
lo exige... y *todo* lo alcanzan
sus ojos.

PEÑAB. Con alma y vida
della fuí siempre.

PRADO. Lo sé.
Importa que Isabelita
con el marques de Vanucci
se case: todas tus miras
han de tender á este fin.

PEÑAB. Los medios?...

PRADO. (*Solemnemente.*) *Todos*! y cuida
de que nada se trasluzca.—
(*Se separa de Peñablanda y se acerca al marques y á doña María, afectando jovialidad.*)
Mirando estoy con envidia
al marques.

MARIA. (*Volviéndose á Prado con ridícula coquetería.*)
Por qué?

PRADO. Señora,
cuando con vos tanto priva
preguntais por qué codicio
en esta ocasion su dicha?

MARIA. El marques me está diciendo
que tan solamente cifra
en Isabel su ventura
y que su gloria seria
poder llamarla su esposa.

PRADO. Hola, hola! Pues no es digna
tal proposicion de ser
con indiferencia oida.
El marques es buen partido.

VANUCCI. Eso mismo le decia
yo á esta señora hace poco.
Mis rentas no son exiguas
y mis dotes personales
muchos las codiciarian.
Luego mi título...

MARIA. Es cierto.

PRADO. Sin duda!... Pero se afirma
que con don Carlos de Onís
va á casarse Isabelita,
y siendo cosa acordada...

PEÑAB. (*Doña María está como en ascuas mientras habla Peñablanda.*)
Sí, mas dicen que estos dias
anda don Carlos siguiendo
á una cierta señorita...

(*Los salones del fondo van llenándose paulatinamente de damas y caballeros.*)

PRADO. (*Afectando escandalizarse.*)
No es posible; esas serán
tan solo necias hablillas
del vulgo.

PEÑAB. (*Con socarronería.*) Sí, puede ser,
pero...

MARIA. (*Aparte.*) Qué hombre!... Estoy frita.

PRADO. Me retiro pues; ustedes
en asuntos de familia
se van á acupar y yo
no quiero ser...

MARIA. Boberia!
Usted no puede estorbar
aquí nunca.

VANUCCI. (*Con petulancia.*) Eso se esplica

muy facilmente...
(*A una seña de Prado se queda como cortado y dice aparte.*)
No digo?
siempre á lo mejor me avisa
que me calle, y yo... qué diablo!

MARIA. Ya los salones principian
á llenarse: viene usted? (*Al marques.*)
Allí dentro está la niña;
la hablaremos y quizás... —
(*Aparte.*) Ay! mucho me convendría
hacer de madre - marquesa
por medio de mi pupila. —
Vamos?

VANUCCI. A usted me consagro,
señora, con alma y vida.
(*Entran en los salones del fondo.*)

ESCENA IV.

PRADO. — PEÑABLANDA, DAMAS *y* CABALLEROS, *en los salones del fondo.*

(*Óyense la música y el ruido del baile; pero de modo que no interrumpan á los interlocutores.*)

PRADO. La duda es sierpe cruel
que envenena toda el alma
y ya ha robado la calma
del corazon de Isabel.
Pronto haré que su rigor
mas en mi socorro acuda,
que si es muy grande la duda
en odio trueca el amor!
Así llegaré á lograr
que esposa del marques sea
y... nuevo ser á esta idea
siento en el pecho brotar!
Su esposa... su esposa!... — Sí;
así estará en nuestra mano!...
Conde de Aranda inhumano,
tú *nuestro* serás así!...

Y todo lo que te exija
la que hoy codicias perder,
lo tendrás que conceder
pues *nuestra* será tu hija!! —
En cuanto á Carlos... Conviene
conquistar su corazon:
en él reina la pasion
y alma generosa tiene.
Será un soberbio instrumento
arrojado y valeroso...
pero con él es forzoso
obrar con mucho talento. —
Aquí está.

ESCENA V.

DICHOS. DON CARLOS, *que sale por la derecha.*

PRADO. (*Dirigiéndose á don Carlos.*) Felice soy
pues logro veros aquí.
Esperándoos solo...
CARLOS. (*Sorprendido.*) A mí?
PRADO. Hace ya tiempo que estoy
y casi casi llegaba
á desesperar de hallaros. —
(Finjamos!) A suplicaros
voy...
CARLOS. La súplica sobraba
en quien puede disponer
de cuanto en el mundo valgo.
PRADO. Es propio de un pecho hidalgo
ese noble proceder.
CARLOS. Ya espero que me digais
en lo que os puedo servir...
si es necesario morir
á morir pronto me hallais!
PRADO. Ah, gracias, amigo mio;
no esperé menos de vos!
Partamos luego los dos.
CARLOS. Pero adónde?
PRADO. A un desafío!
CARLOS. (*Con la mayor sorpresa.*)
A un desafío?!

PRADO. (*Procurando dar un tono de veracidad á sus palabras.*) Si á fé.
Un negro insulto me han hecho
y tal ofensa en el pecho
como un vil no guardaré.
Pronto en manos del destino
mi vida se va á jugar...
me quereis acompañar
y servirme de padrino?
Si quereis, va á dar la hora
y el lugar no está distante.

CARLOS. Ah!... Permitidme un instante.
Al salir de casa ahora
una carta he recibido
en que me dicen que urgente
es que venga incontinente;
y como por su sentido
no es facil adivinar
cuál la urgencia puede ser,
debo al menos hacer ver
que al punto sin vacilar
he venido. - Si usted quiere,
de usted al instante soy.
A ver á estas damas voy;
y en seguida, antes que diere
la hora...

PRADO. Qué, no es posible:
la hora es ya... Pero corred;
yo pediré esa merced,
aunque me sea sensible,
á otro amigo.

CARLOS. No señor.
Soy de usted sin mas dudar.

PRADO. No, yo no debo abusar...
Lo primero es el amor.

CARLOS. Para el hombre bien nacido
la gratitud es primero;
y yo siempre caballero
y honrado, señor, he sido!

PRADO. Ah, gracias!

CARLOS. Partamos pues.
(*Vanse por la derecha.*)

ESCENA VI.

PEÑABLANDA. ISABEL. VANUCCI *y* DOÑA MARÍA. *En el fondo*, DAMAS *y* CABALLEROS.

PEÑAB. Al fin!... Por poco se encuentran.
ISABEL. (*Saliendo de los salones como sofocada, y arrojándose en uno de los sillones que habrá á la derecha.*)
Ah!... No puedo respirar.
VANUCCI. (*Saliendo al lado de doña María, y dirigiéndose hácia la izquierda.*)
Es magnífica la fiesta!
Digna, en fin, de la señora
que figura á la cabeza
de todas las que en la corte
como elegantes se ostentan.
MARIA. Tenga usted piedad, marques,
y avergonzarme no quiera
con tales bromas.
VANUCCI. No es broma,
señora; es la verdad seca
la que digo, sin gastar
las flores de mi elocuencia. —
Es singular el sarao
por el gusto y la riqueza
de todos los accesorios
que esos salones encierran.
MARIA. En cuanto á gusto, es verdad
que tengo alguno...
ISABEL. (*Aparte.*) Qué lentas
marchan las horas, gran Dios!...
Y Carlos no se presenta!...
Será verdad su perfidia?...
Ah! no me atrevo á creerla
todavía!
MARIA. (*A Vanucci.*) Qué, no es cierto?
VANUCCI. Es graciosa la marquesa,
no hay duda; pero en sus chistes
algunas veces se encuentran
máximas muy poco sanas.
MARIA. Qué dice usted?

VANUCCI. Sus ideas
propenden al fin siniestro
de propagar las creencias
de esos malditos filósofos
de la Francia.

MARIA. Quién dijera...

VANUCCI. Ya se ve, como está en moda
entre la gente plebeya
seguir los falsos principios
de esa condenada secta,
que proclama, yo no sé
qué derechos, ni qué gerga
incomprensible... á la corte
tambien, por desgracia, llegan
algunas veces las chispas
de esa maléfica hoguera.
Y no es eso lo peor;
sino que hasta el rey desprecia
los consejos saludables
de la gente de conciencia
y sin pensarlo se engolfa
en la mas errada senda.

MARIA. Vea usted, y yo creia
que un rey nunca pudiera
engañarse.

VANUCCI. Antiguamente
era asi; pero las nuevas
teorías de Rousseau
todo el orden tergiversan
y... ayer mismo me decia
con la mas profunda pena
mi amigo Prado, que pronto,
siguiendo de esta manera,
vendriamos á parar
en ver con indiferencia
la religion.

MARIA. Dios nos libre!

VANUCCI. Yo en esto, aunque calavera,
soy muy rígido; y lo siento
por España, que se enreda
en un laberinto.

MARIA. Es claro.

VANUCCI. (*Con énfasis.*)
Nosotros los que en las venas
tenemos sangre italiana
fuimos siempre de la iglesia
siervos humildes; que al fin
de este modo, si se peca,
hay bastante adelantado
para ganar indulgencias. —
Mas veo que Isabelita
en aquel lado se entrega
á tristes meditaciones
y esto me causa estrañeza.
Será, pues, indiscrecion
acercarme á distraerla?

MARIA. De ningun modo, marques.

VANUCCI. (*A Isabel.*) Si no fuera impertinencia,
señorita, suplicar
á usted que me concediera
la primera contradanza...

ISABEL. Agradezco la fineza,
señor marques; mas no puedo...
estoy un poco indispuesta
y...

MARIA. Qué tienes, Isabel?
De qué nace esa tristeza?...
Ya me habia á mi chocado...

ISABEL. (*Aparentando tranquilidad.*)
No es nada... solo quisiera...
por curiosidad no mas...
saber si la carta aquella
que mandamos...

MARIA. Al instante. —
Marques, con vuestra licencia.
(*Se dirige á hablar á Peñablanda, que habrá estado observando á una distancia respetuosa.*)
Corra usted y que Francisco
diga si tuvo respuesta
aquella carta; volando! —
(*Vase Peñablanda por el fondo. Doña María vuelve al lado de Isabel.*)
Vaya, y es esa simpleza
la que asi te desazona?...

Estas almas inespertas
todo lo toman á pechos. —
Vamos, consuélate, y piensa
que no merece un infiel
que por su causa padezcas,
cuando hay personas que valen
mucho mas y que pudieran
ofrecer mejores títulos,
que tu cariño desean. —
Aquí está el señor marques...

VANUCCI. Oh, señora; mi modestia
no me permite...

MARIA. Con todo,
ella olvidar no debiera
que usted le salvó la vida
y que ser su esposo anhela,
cuando se trata de un hombre
á quien...

ISABEL. (*Con dignidad.*) Cualquiera que sea
mi cariño á Carlos, nunca
podré olvidar una deuda
que ha reconocido el alma;
y mi gratitud sincera
para usted, señor marques,
hora límites no encuentra.

VANUCCI. Lo que hice yo, señorita,
no merecia la pena...

ESCENA VII.

DICHOS. PEÑABLANDA, *que sale por el fondo.*

MARIA. Aquí está ya Peñablanda.

ISABEL. (*Preguntándole con avidez.*)
Qué ha dicho?

MARIA. Dése usted priesa,
la ha recibido?

PEÑAB. Sin duda.

ISABEL. (*Con mal reprimida satisfaccion.*)
Ah!...

VANUCCI. (*Aparte.*) Yo estoy hecho un babieca
sin comprender una jota.

MARIA. (*A Peñablanda.*)
Vamos, no gaste usted flema
y díganos á qué viene
esa cara de cuaresma.

ISABEL. Sí, hable usted, yo se lo ruego. —
Sin duda al mirar mi letra
un placer recibiría
y acaso pronto le vea
aquí mismo, no es verdad? —
He sido injusta y me pesa
haber dudado!... Gran Dios!...
Si era una fábula necia
su infidelidad: si el alma
me ordenaba no creerla...

PEÑAB. Pues esta vez, señorita,
no anduvo el alma muy cuerda.

ISABEL. (*Demudándose.*)
Qué?...

MARIA. (*Sorprendida.*) Qué dice usted?

PEÑAB. (*Friamente.*) Lo dicho.

VANUCCI. (*Ap.*) Pues señor, no se presenta
mal el negocio.

ISABEL. Mas Carlos...
qué respondió?

PEÑAB. Que le era
imposible complaceros,
porque estaba con urgencia
ocupado... en cierta parte...
y así... pues!

ISABEL. (*Cubriéndose los ojos con el pañuelo.*)
Oh!... qué vileza!

MARIA. Ves?... Si yo te lo decia!

VANUCCI. (*Con énfasis.*)
Merece esa accion proterva
cualquier cosa: y yo, yo mismo!... — (*Ap.*)
No comprendo ni una letra
de este asunto.

ISABEL. (*Con la mas profunda amargura.*)
Y era digna
mi noble correspondencia
de tal pago!... Dios eterno!...
En odio mortal se trueca

el amor que antes le tuve!
En odio!!... Y ojalá vea
que una muger implacable
con ciego furor se ceba
en rasgar sus ilusiones...
(*Procurando contener su llanto.*)
como él mi vida envenena!

MARIA. Vamos, sosiégate, y ven
á disfrutar de la fiesta.
Tal vez así te distraigas...

ISABEL. Ah!... no... me faltan las fuerzas...
me ahogo... Dejad al menos
que á solas llore mis penas!

(*Vase por la izquierda, seguida de doña María y Peñablanda.*)

ESCENA VIII.

VANUCCI. *Algunas* DAMAS *y* CABALLEROS, *que bajan de los salones del fondo.*

VANUCCI. Me he quedado estupefacto!

CAB. 1.° (*A los demas.*)
Hay alguno que comprenda
lo que pasa?...

CAB. 2.° Yo, por mí,
como Vanucci no sepa...

CAB. 1.° Tiene usted razon. — Marques?
(*Dirigiéndose á Vanucci.*)
Estas señoras desean
saber lo que pasa aquí;
pues han visto con sorpresa
que Isabel se ha retirado
dando muy visibles muestras
de agitacion, y...

VANUCCI. (*Con petulancia.*) Señores,
yo bien complacer quisiera
á estas damas; pero temo,
si digo verdad, que crean
que soy algo presuntuoso,
y...

CAB. 1.° Qué disparate.

CAB. 2.° Buena

escusa.

VANUCCI. No, no es escusa,
es una justa advertencia;
porque al fin, como se trata
de mí tambien...

CAB. 1.° (*Aparte al* 2.°) La comedia
va á ser graciosa.

CAB. 2.° Sin duda.

(*Todos rodean á Vanucci, y este empieza á hablarles.*)

ESCENA IX.

DICHOS. DON CARLOS *y* PRADO, *que entran por la derecha.*

PRADO. (*Procurando detener á don Carlos.*)
Don Carlos...

CARLOS. Indigno fuera
esperar mas tiempo á un hombre
que así falta á sus promesas.

PRADO. Pero...

CARLOS. Usted ya le aguardó
aun mas de lo que debiera.
Si él falta, que no se quejc:
usted debe su conciencia
tener tranquila.

VANUCCI. (*A los que le rodean.*) Isabel
oyó mi amante querella;
respondió que me adoraba;
y á este tiempo se presenta
furiosa doña María,
y la pobre, toda trémula...

(*Don Carlos, que desde que oye el nombre de Isabel en boca de Vanucci, fija toda su atencion en las palabras de este, se adelanta á despecho de Prado, que procura impedírselo, y le coge bruscamente por el brazo. Vanucci se asusta en estremo. Los demas se sorprenden.*)

Qué es esto?

CARLOS. (*Ciego de ira.*) Señor marques,
miente usted!!

TODOS. Cómo?...

VANUCCI. Esa ofensa...

CARLOS. Se lava con sangre!... Pronto,
salgamos pronto á verterla,
si no tiene usted la espada
tan torpe como la lengua!!

PRADO. Don Carlos... (*Procurando calmarle.*)

CAB. 1.° (*A don Carlos.*) Ved...

CAB. 2.° (*Al marques.*) Mas qué es esto?

VANUCCI. (*Tratando de ocultar el temblor que tiene.*)
Yo... no alcanzo... y no quisiera...

CARLOS. (*A Prado.*) Usted será mi padrino.
(*A Vanucci.*)
Le espero á usted.

(*Vase seguido de algunos caballeros, por la derecha.*)

VANUCCI. Qué ocurrencia...
No, pues yo no...

PRADO. (*A Vanucci, á media voz y con tono resuelto.*)
Usted irá.

VANUCCI. Pero...

PRADO. Irá usted! Se lo ordena
quien *puede* mandarlo... y basta!

ESCENA X.

DICHOS. DOÑA MARÍA *y* PEÑABLANDA, *que salen por la izquierda.*

MARIA. Qué sucede?... Quién alterca?...

VANUCCI. (*Al irse por la derecha, y en un tono ridículamente trágico.*)
Voy á batirme, señora!...
(*Ap.*) Bien sabe Dios que me pesa.

MARIA. Va á batirse!... Cielo santo! —
Ay!... Se me va la cabeza...
los nervios... Ah!

(*Se deja caer en un sillon: las damas corren á socorrerla.*)

PEÑAB. (*A Prado.*) Pero vos?...

PRADO. (*A Peñablanda con severidad, indicándole á doña María.*)
Cuida tú de hacer que vuelva.

(*Vase por la derecha, y con él algunos caballeros.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

La misma decoracion del acto precedente. Los salones del fondo estarán apenas alumbrados por alguno que otro candelabro, cuyas bugías aparecerán casi consumidas.

ESCENA PRIMERA.

PRADO. VANUCCI. PEÑABLANDA.

PEÑAB. No vuelvo en mí de sorpresa
por lo bien que se ha dispuesto.
VANUCCI. (*Que tendrá una mano vendada.*)
Sin duda; pero yo estoy
como si estuviera lelo:
ni he podido penetrar,
ni en este instante penetro,
de qué modo, por qué causa
en este lugar me encuentro.
PEÑAB. Es muy facil, señorito.
VANUCCI. Pero en fin, yo no me he muerto?
PEÑAB. No, por Cristo!
PRADO. Qué morir!
Si os hizo caer el miedo
solamente.
VANUCCI. No es posible!
Además que yo en el cuerpo
he sentido entrar la bala.
PRADO. Qué bala ni qué embeleco!...

No cargué yo las pistolas
sin ellas?!

VANUCCI. Pues yo confieso...
Juraría que aquí mismo,
en este lado del pecho,
(*Señalando al del corazon.*)
sentí del plomo homicida
los destructores efectos.
Pues al oir de aquel arma
el estampido tremendo,
se me oprimió el corazon,
los ojos se oscurecieron,
me palpitaron las sienes
hasta romperme el cerebro,
y sentí que se marchaba
la vida con viento fresco.

PEÑAR. Pues no solo aun estais vivo,
sino que estais sano y bueno.

VANUCCI. Vea usted, quién lo diria?...

PRADO. Quién?... — Pero dejemos esto
y á lo que importa vengamos.

VANUCCI. Vengamos pues, que yo en ello
tendré una satisfaccion.

PEÑAR. (*Ap.*) En qué parará este enredo?

PRADO. Luego que vos desmayado
disteis, marques, en el suelo,
gracias al terrible susto
que os embargó; yo, queriendo
por una parte impedir
el ridículo funesto
que iba á caer sobre vos
y mirando al mismo tiempo
que de aquella circunstancia
le era facil al ingenio
sacar partido, asustado
y en ademan descompuesto
á Carlos dije que huyera,
pues allí os dejaba muerto,
y los decretos del rey
tanto persiguen el duelo.

VANUCCI. (*Consternado.*)
Oh, Dios!... Y tambien á mí...

PEÑAB. Fué magnífico ese acuerdo!
PRADO. Carlos oyó mis palabras
y agradeció mi consejo;
de modo que ahora estará
sus negocios disponiendo
para marchar al instante,
si es que ya en este momento
no ha partido. Yo, entre tanto,
dispuse, con dos objetos,
que os trajesen á esta casa.
VANUCCI. Y en el alma os lo agradezco,
que bien menester lo habia
mi desvencijado cuerpo. —
Pero decid, si es posible,
cuál es ese doble objeto
con que aquí me habeis traido?
PRADO. Es muy facil. Lo primero
por estar cerca el lugar
en donde ocurrió el suceso;
lo segundo para hacer
que al escándalo del hecho
ligada siempre se halle
Isabel; pues me prometo
que esta consideracion
no ha de ser de poco peso. —
Ya el escándalo se ha dado:
ya todos irán diciendo
que á esta casa mal herido,
por Isabel, os trajeron;
y que habeis hallado en ella,
con muy solicito afecto,
hospitalidad.
PEÑAB. Gran Dios!...
Lo que piensa!...
VANUCCI. Es un portento
discursivo este buen Prado!
PRADO. Además, con grande esmero
aquí estareis asistido;
y... haciendo lo blanco negro,
demostrando que don Carlos
ha obrado como un protervo
mientras que vos siempre sois

un cumplido caballero,
se logrará que Isabel
os mire bajo un aspecto
mucho mas interesante.

VANUCCI. No sé cómo agradeceros...

PEÑAB. Yo estaba ya prevenido
y así todo lo he dispuesto
del modo mas conveniente;
pero, sin embargo, temo
que no se adelante nada,
porque...

VANUCCI. Hablad! Qué impedimentos
puede haber, qué?...

PRADO. (*Imperiosamente.*) Vamos, habla
y descifra este misterio.

PEÑAB. No es decir que el lance sea...
Porque al fin contra el supremo
poder de *quien puede*, nadie
puede nada, esto es muy cierto;
pero...

PRADO. Menos circunloquios.

PEÑAB. Yo nunca gasto rodeos;
mas suele haber ocasiones...
ya se ve, como uno mesmo
no halla jamas los recursos
para salir... ni esos medios
fáciles que otros, se aturde;
y al fin... y al remate...

PRADO. (*Impacientado.*) Presto;
di lo que pasa sin mas
necedades.

PEÑAB. Voy corriendo.
Digo, señor, que la niña
habrá ya una hora, lo menos,
(no bien supo la desgracia
y el estado en que trajeron
al señor marques) salió
con doña María, y creo...
es decir, sé de seguro
que á ver al ministro fueron,
despues de haber decidido...

PRADO. Vamos, qué, dilo ligero!

PEÑAB. Qué?... Que se irá Isabelita
á encerrar en el convento
de las Huelgas, á llorar
su dolor y su despecho;
evitando así el sonrojo
que le causa un rompimiento
tan inesperado.

VANUCCI. Cómo?...

PRADO. No es posible!

PEÑAB. Esto es lo cierto.

PRADO. Y otorga doña María?...

PEÑAB. Ella nada puede en eso;
pues como es del señor conde
la niña el ojo derecho, -
si él da, como solicita
que dé su consentimiento,
que es á lo que han ido, pronto...

PRADO. Oh, qué fatal contratiempo!... —
Será menester...

MARIA. (*Dentro, y á la derecha del actor.*)
Avisa
cuando todo esté dispuesto.

PEÑAB. (*Consternado.*) Aquí estan... Señor marques,
si quereis... (*Indicándole que se aleje.*)

PRADO. (*Al marques.*) Que estais enfermo,
y ahora, cual nunca, interesa
fingir bien!

VANUCCI. (*Aturdido.*) Sí?... Yo os ofrezco...

PRADO. (*Obligándole á que se marche por la izquierda.*)
Vamos, prudencia, y andad,
que nos importa el secreto.

ESCENA II.

PRADO. PEÑABLANDA. DOÑA MARÍA. ISABEL.

MARIA. (*Entrando con Isabel por la derecha.*)
Jesus, qué noche, gran Dios!...
Esta casa es un infierno!...

PRADO. (*Saludándolas.*) Señoras...

MARIA. (*Sorprendida.*) Qué es lo que miro?
Vos en aqueste aposento.

y á estas horas?...

PRADO. A saber
el estado del enfermo
he venido solamente,
como padrino, en el duelo,
de su adversario... Y por Dios
que he tenido un sentimiento
al oir ciertos rumores
de un meditado proyecto...

MARIA. Qué, os han dicho?...

PRADO. Si señora;
y á fé que no puedo menos
de reprobar altamente
tal resolucion; pues creo
que es mi deber reprobarla
y deciros lo que pienso,
tanto por la posicion
en que me hallo, respecto
de ustedes, cuanto porque...
quizás en este momento...
don Carlos se une á otra dama
con lazos que son eternos!

ISABEL. Ah!

MARIA. De veras?

PRADO. Solo yo
sé de fijo tal secreto
y no cumpliera esta vez
con lo que á ustedes les debo,
si no diese la noticia
cuando se encuentran á tiempo
de abandonar un designio
que pudiera ser funesto.

ISABEL. No, nunca mas oportuno!...
nunca mas!... Y qué otro empleo
debo hacer de una existencia
que me abruma con su peso?
Al menos en el retiro,
adonde apenas el eco
llega del sórdido mundo,
lejos de su engaño y lejos...
lejos del hombre cruel
que así desgarra mi pecho,

podré tranquila elevar
hasta Dios el pensamiento,
y suplicarle que borre
la imagen de ese protervo...
del corazon que le amaba
como á un trasunto del cielo!

PRADO. Esas estrañas ideas
son del acaloramiento
fruto y no mas, señorita.
Cuando así heridos nos vemos
nuestras llagas no se curan
en la paz ni en el silencio;
y la gota solitaria
que va en el mármol cayendo
no borra sus tornasoles
sino taladra su seno. —
Además hay circunstancias
en que, ante todo, debemos
cumplir con la sociedad;
en que por decoro nuestro...
si quereis, por amor propio...
es necesario el despecho
guardar en el corazon;
y usted, señorita... —siento
tener que ser franco—usted
sin querer, y aun sin saberlo,
la causa inocente ha sido
de un desafío, en que el celo
del buen marques de Vanucci
á ser víctima le ha espuesto.
Esto en sí no importa nada
bien mirado...

MARIA. Yo lo creo.

PRADO. Pero la maledicencia
nunca detiene su vuelo
y de la flor mas hermosa
astuta saca veneno.

ISABEL. Qué es lo quereis decir?

PRADO. (*Con la mayor dulzura.*)
Digo que yo no consiento
que por una ligereza
ó un capricho pasagero,

de las lenguas maldicientes
aticeis vos misma el fuego.
Digo que en fé de lo mucho
que estimo á ustedes, les debo
ante todo lealtad;
y por tanto manifiesto
con lisura mi opinion...
la cual es, que conociendo
todo Madrid, por desdicha,
las circunstancias de un hecho
que puede comprometer
sin causa el decoro vuestro,
debeis al marques Vanucci,
señora, enlazaros luego;
ya para imponer á todos
los maldicientes silencio,
ya tambien para vengaros
del desaire que os han hecho
y premiar al que su vida
gustoso por vos ha espuesto.

MARIA. Dice muy bien nuestro amigo;
pues por mí, yo no comprendo
cómo se quiera vivir
encerrada en un convento.
Y no es eso lo peor;
sino que yo, sin quererlo,
á encerrarme en él ahora
tambien forzada me veo.

PRADO. Cómo! Usted?...

PEÑAB. Qué es lo que escucho?...
De ningun modo!...

MARIA. Sí, esto
es casi una tiranía,
y yo por mí me rebelo
contra todos los tiranos...
que son tiranos domésticos.
Pues qué no hay mas que decir,
usted para el mundo ha muerto
porque á mí me da la gana
de encerrarme?... Ni por pienso!...
No señor!...

ISABEL. Usted bien sabe

que yo la culpa no tengo
de que mi padre quisiera
de tal suerte disponerlo.

MARIA. Sí, ya sé que el señor conde,
á quien yo siempre respeto
como es debido, es el solo
que ha decretado mi encierro;
pero él en esta ocasion
no sabe lo que se ha hecho.
Ya se ve, como son tantos
los cargos del ministerio,
él no ha podido pesar
las causas de este decreto...
paternal!... y por lo mismo
yo, que soy la que padezco,
debo atacar la injusticia!

PEÑAB. (*Aparte á doña María, que le da un sofion.*)
Y yo solito me quedo?...
No ha dicho el señor ministro
que me hagan demandero?...

PRADO. En conciencia, Isabelita,
de lo que he dicho reitero
la espresion. Ved que las gentes
no os guardarán los respetos
debidos, por mas que vos
vuestro honor mireis exento
de toda mancha...

PEÑAB. Eso es claro,
señorita; y como viejo
que soy ya, por mi esperiencia
á aconsejaros me atrevo
que á las razones que os dicen
no negueis asentimiento.

MARIA. Todos lo hacen por tu bien.

PRADO. Quién pudiera dudar eso?

ISABEL. De tan buenas intenciones
yo no dudo; y agradezco
la fina solicitud (*Dirigiéndose á Prado.*)
que mostrais por mí; mas quiero
alejarme de la corte;
pues ya mas sufrir no puedo
respirar donde respira

quien hiere mi amante seno.

MARIA. Eso es muy facil: al punto,
pues todo se halla dispuesto,
nos vamos á nuestra hacienda
de San Ildefonso; y luego,
si tú quieres, se disponen
allí las bodas con tiempo.
De este modo se consigue
quitarse al pronto de enmedio,
y...

PRADO. Bien pensado, señora.
Con ese dichoso acuerdo,
si consiente Isabelita,
á todo hallareis remedio.

MARIA. (*A Isabel.*) Qué opinas?

ISABEL. Puesto que ustedes
en ello muestran empeño,
lo pensaré: y, entre tanto...
á San Ildefonso iremos.

MARIA. (*Aparte.*) Ay! gracias á Dios que al fin
ya no vamos al convento! —
Justamente el carruage
á la puerta se halla puesto
y en arreglándonos algo...

ISABEL. Decís muy bien.

PRADO. (*Tomando su sombrero.*)
Yo me ausento. —
Señoras, feliz viaje,
y que nos veamos presto
mas dichosos.

ISABEL. Muchas gracias.

MARIA. Estimo ese buen deseo.

(*Doña María é Isabel se van por la puerta de las habitaciones interiores, y Prado las acompaña hasta ella.*)

ESCENA III.

PRADO. PEÑABLANDA.

PEÑAB. Encerrarla en el rincon
de un convento!... No faltaba
mas! - El bueno del ministro

con esas ideas raras
ni aun siquiera sabe ya
cómo gobernar su casa.

PRADO. (*Volviendo de acompañar á las señoras.*)
Al fin habemos triunfado!...

PEÑAB. (*En tono de marcada adulacion.*)
Gracias á vos.

PRADO. (*Con satisfaccion.*) Esto marcha
mejor que yo presumía.

PEÑAB. Teneis una perspicacia
tan singular, que no es facil
que nunca fallida os salga
ninguna empresa.

PRADO. Con todo,
tú sabes bien que esta es árdua
y es preciso no perder
ni una sola circunstancia.
Tu celo en esta ocasion
el éxito nos prepara;
importa pues que redobles
sin tregua la vigilancia.
Sobre todo, si don Carlos,
que no es facil, se arriesgara
á venir aqui, por ver
un momento á su adorada,
procura evitarlo y haz
que el desorden de la casa
te sirva para impedir
que logre hablar á las damas.-
Repito que estés alerta
hasta que todos se vayan:
que una vez fuera de aquí...

PEÑAB. Y yo debo acompañarlas
á San Ildefonso, ó no?
Decida usted.

PRADO. Acompáñalas;
que á su lado puedes sernos
de mucha mas importancia.

PEÑAB. Será usted servido en todo.

PRADO. Este viaje me agrada;
pues quitándola de aquí
donde todo la retrata

la presencia de su amado,
podrá mas facil su alma
abrirse á otras impresiones;
y como es noble y honrada,
y el marques en apariencia
se ha espuesto ya por salvarla
dos veces, puede que al fin
ceda de su pertinacia.

PEÑAB. Y don Carlos?

PRADO. No es temible.

PEÑAB. Cómo?...

PRADO. A esta fecha se halla
lejos de Madrid, huyendo
á las provincias rayanas;
de modo que cuando sepa
que la reina de sus ansias
es ya esposa del marques,
perderá las esperanzas:
y siempre habemos disculpas
diciendo que no eran nada
las heridas que al principio
peligrosas se juzgaban.

PEÑAB. Dice usted bien, y Dios quiera
llevar á su gloria santa
al señor don Carlos.

ESCENA IV.

DICHOS. DON CARLOS.

PRADO. (*Al ver á don Carlos, que entra por la derecha.*)
Cielos!

PEÑAB. (*Ap.*) San Gerónimo nos valga!
(*Vase, á una seña de Prado.*)

PRADO. (*A don Carlos.*)
Cómo venis á este sitio
despues de lo que ha pasado?
Estais loco?... No pensais
que os puede salir muy caro
perder un tiempo precioso
para poneros en salvo?

CARLOS. Y qué vale la existencia

para el triste, amigo Prado?! —
No, yo no debo alejarme
de Madrid, como un villano
que tolera los insultos
sin arrojarse á vengarlos;
no! La vida es lo de menos
para el que ha nacido honrado,
cuando ve que se vulneran
sus derechos mas preclaros,
cuando se añade la mofa
á la afrenta del sarcasmo!

PRADO. (*En la mayor consternacion.*)
No os comprendo.

CARLOS. Al pronto quise
huir de aquí, despreciando
la traicion y la perfidia;
pero despues lo he pensado
de otro modo, y... ya verán,
ya verán si yo les hago
comprender que, impunemente,
de mí nadie se ha burlado!!

PRADO. Pero qué quereis decir?

CARLOS. Que qué digo?

PRADO. Sosegaos,
y ved que de esa manera
á vos mismo os haceis daño.

CARLOS. Es facil hacer que cese
la furia del Occeano,
cuando un infierno lo agita
de huracanes desatados?...
No, no! Dentro de mi pecho
con impulsos temerarios
en fiera pugna batallan
mil afectos encontrados!...
Y de aquí no he de partir
sin ver á Isabel, por cuanto
pudiere haber en el mundo
para el hombre de sagrado!

PRADO. Mas ved...

CARLOS. Ya todo lo he visto,
todo lo he sufrido, y harto...
harto sellé, por desdicha,

prudente y dócil mis labios!—
Necio, por Dios, necio he sido
durante mas de tres años
que en la fé de una perjura
he vivido confiado;
pero ya rasgué la venda
de un error tan inhumano!...
ya... muy tarde, por desgracia,
á ver su traicion alcanzó,
y no he de ser por mas tiempo
juguete de sus amaños!!—
A qué, cuando meditaba
despreciar mi amor insano,
llamarme con tanta prisa
para herir mi pecho á salvo,
y que el triunfo presenciase
de un rival afortunado?!
A qué tan negra traicion
de que yo ejemplos no hallo
ni aun en las fieras que habitan
la aspereza de los campos?!...
Ah! no, no! Tal proceder
yo debo dejar vengado;
yo debo herir sin piedad
el corazon inhumano
que la furia de los celos
en mi pecho ha derramado;
sí, yo debo aborrecerla,
despreciarla... y... yo la amo
todavia!! yo... yo... cielos!
del corazon á pedazos
sacad su imagen, ó haced
que corte mi vida un rayo!!

PRADO. Ah!... me parte el corazon
ese amoroso arrebato
de un alma virgen y nunca
fué mas injusto, don Carlos,
que lo ha sido para vos,
posponer á un adversario
al que quiere de ese modo...
que es, por desgracia, tan raro.—
Pero en peor ocasion

jamas hubiérais llegado;
porque Isabel despechada,
no bien supo el fin aciago
de Vanucci, que está aquí
sin dejar el menor rastro
de esperanza, decidió
irse á llorar á su amado
lejos del mundo y á solas
en el silencio de un claustro.

CARLOS. Y tanto amor le tenia
cuando me estaba engañando!...

PRADO. El coche ya las espera;
y vos, sin ser temerario,
debeis despreciarla; puesto
que, si dais hora un escándalo,
de todos modos saldreis
en el lance mal librado
y de nada ha de serviros
dar ese imprudente paso.

CARLOS. De nada?!... Vos no sabeis
que para mí no hay obstáculos
y que es la venganza justa
el placer mas soberano
de la tierra?!... No, yo corro...

(*Se va á lanzar, á pesar de Prado, en las habitaciones de la izquierda.*)

ESCENA V.

DICHOS. PEÑABLANDA.

PEÑAB. (*Saliendo muy asustado.*)
Válgame Dios, qué fracaso!...

PRADO. }
CARLOS. } (*Deteniéndose sorprendidos.*)
Qué?...

PEÑAB. Parece que esta noche
aquí se ha metido el diablo
de patitas!

CARLOS. Qué sucede?

PEÑAB. Qué?... Que estamos rodeados
de tropa; que está la casa
cercada, y que todos vamos

á ser víctimas!!

PRADO. (*A don Carlos.*) Veis hora
lo que habeis ocasionado
con vuestra imprudencia?

CARLOS. (*Con resolucion.*) Y bien?...
Qué importa? La muerte aguardo
y al menos sabrá la ingrata
que ella es mi verdugo infausto!

PRADO. Ese es un nuevo delirio
y nosotros tolerarlo
no debemos.

PEÑAB. (*Cada vez mas asustado.*)
Y qué hacer
en este conflicto?...

PRADO. (*A don Carlos.*) Vamos,
sed dócil.

CARLOS. Pero qué importa
ya ser ó no dócil, cuando
evitar es imposible
dar de esa gente en las manos!

PRADO. Y no ha de haber un arbitrio!...
Tú... (*A Peñablanda, con mal humor.*)

PEÑAB. (*Turbado.*) Yo, señor, no le hallo,
pobre de mí.

PRADO. (*Aparte.*) No parece
sino que se ha conjurado
todo el infierno esta noche
contra nuestros planes!... Caro,
caro les ha de costar,
si por ventura triunfamos,
haber á *nuestras empresas*
con poco respeto osado!... —
(*A Peñablanda.*)
Pero tú no piensas nada?
De qué te sirven los años,
si medios hallar no sabes
para salir del pantano?!

PEÑAB. Yo... señor... Ah! qué ventura!...
(*Como iluminado de una idea repentina.*)
Por el jardin, en un salto,
es facil que sin ser visto
se escurra el señor don Carlos.

La puerta da á un callejon
que está por el otro lado...
y es posible...

PRADO. (*A Peñablanda.*) Dices bien. —
(*A don Carlos.*)
Marchad sin reflexionarlo,
que urge el tiempo, y ocasiones
sobrarán para vengaros.

CARLOS. Adios, pues, amigo mio!

(*Va á salir con Peñablanda, cuando se presentan Isabel y doña María.*)

ESCENA VI.

DICHOS DOÑA MARÍA. ISABEL.

ISABEL. Dios eterno, cuánto azar!

MARIA. Me voy al punto á quejar
de este desacato impio!
Cercar mi casa!...

ISABEL. (*Al ver á don Carlos.*) Gran Dios!

MARIA. (*Idem.*) Qué es lo que miro?

CARLOS. (*Batallando con encontrados afectos.*)
Isabel!...

PEÑAB. (*Ap.*) No digo que anda Luzbel
en esta broma?

MARIA. (*A don Carlos, con sequedad.*)
Aqui vos?...

PRADO. (*A don Carlos, procurando evitar que diga cosa alguna.*)
Don Carlos, cada minuto
que inerte dejais perder
os puede funesto ser...
No indócil cojais el fruto
de vuestra locura... huid,
que aun propicia es la ocasion,
y muchos contra vos son
en esta tremenda lid. —(*Aparte.*)
Cómo lograr que se ausente
sin hacer aclaraciones!

CARLOS. (*Decidido.*)
Ya sobran esas razones!...
Morir me es indiferente! —

(*Dirigiéndose á doña María.*)
Señora, de este bullicio
que turba vuestro reposo
soy la causa, y presuroso
voy á hacer el sacrificio
de mi vida!... Perdonad
si aquí, ciego, he penetrado
del sentimiento guiado
de mi propia dignidad.
Perdonad... pues me arrepiento
de que hora os cause mi arrojo
importuno, á vos... enojo;
(*Mirando á Isabel con espresion.*)
á otra persona... tormento!

PRADO. (*A don Carlos, indicándole que se aleje.*)
Ved...

CARLOS. Dejadme!

ISABEL. Qué osadía!...
Y aun á insultarme se atreve,
cuando destruye el aleve
toda la esperanza mia!

CARLOS. Si mi fortuna, señora,
destruyó vuestra esperanza,
no tardará la venganza
que ruge amenazadora!
Y si hoy sentís el dolor
de ver al marques perdido,
es justo premio debido
á vuestro constante amor!...
Mas pronto, pronto el verdugo,
poniendo fin á mi vida,
venganza os dará cumplida...
ya que al cielo así le plugo!

ISABEL. Ni de mí podeis creer
que os he llegado á faltar
ni eso es mas que disculpar
vuestro inicuo proceder!...
Ignoro yo, por ventura,
que á uniros vais ante Dios?...

CARLOS. Yo á unirme?... Con quién?...

ISABEL. Sí, vos,
vos... con otra; alma perjura!!

PRADO. Oh! (*Da muy visibles muestras de impaciencia y de turbacion.*)

MARIA. Qué infamia!

CARLOS. (*Ciego de ira.*) Quién lo ha dicho,
para arrancarle la lengua?...
(*Prado se turba cada vez mas.*)
Quién lo ha dicho?...

ISABEL. (*Fijando en Prado sus ojos.*)
Fuera mengua
satisfacer un capricho
que en vano borrar pudiera...
lo que es verdad.

CARLOS. (*Fuera de sí.*) Miente, miente
como un vil, el insolente
que tal calumnia vertiera.

PRADO. Don Carlos...

CARLOS. Su nombre, pronto;
decid quién es el traidor
y vereis con qué valor
todas las pruebas afronto!!

ESCENA VII.

DICHOS *y* VANUCCI, *que sale en estremo azorado.*

VANUCCI. Ah! La justicia!... Conmigo
no va nada... yo no quiero...

(*Todos se sorprenden estraordinariamente al ver á Vanucci.*)

MARIA. Cómo?!...

ISABEL. El marques!...

CARLOS. (*A Prado en tono de severa reconvencion y reparando en lo muy turbado que se halla.*)
Caballero!...
No se hallaba vuestro amigo
casi espirando?

PRADO. (*Sin acertar á articular las palabras con desembarazo.*) Ya veo...
y... no sé cómo esplicar...

CARLOS. (*Con intencion, y como iluminado de una repentina idea.*)
Pues yo juzgo adivinar...

y que será facil creo
quitar el velo al infiel
que, con empeño tenaz,
robó á mi pecho la paz...
y al corazon de Isabel!!

PRADO. (*Aparte.*) Perdido soy!

ISABEL. (*Asustada al ver á los que entran.*)
Ah!

MARIA. (*Idem.*) Gran Dios!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. UN ALCALDE *y* SOLDADOS.

ALCALDE. (*Saludando respetuosamente á Isabel y á doña María.*)
Señoras... - Don Juan de Prado?...

VAN., ISA., MAR. *y* CAR. (*En estremo sorprendidos.*)
Cómo?...

PEÑAB. (*Aparte.*) Lelo me he quedado!

PRADO. Yo soy.

ALCALDE. Pues os busco á vos.

PRADO. (*Mas confuso cada momento.*)
Qué me teneis que mandar?

PEÑAB. (*Aparte.*) Si habrá faltado á la ley
en algo, y...

ALCALDE. (*Con dignidad.*) Queriendo el rey
las intrigas castigar
y sabiendo que le engaña
quien mas fiel serle debia,
extingue la *Compañía*
de Jesus, en toda España;
y en este momento son,
por muy bien previstos modos,
lanzados sus miembros todos
del seno de la nacion! — (*A Prado.*)
De orden de la magestad
del rey don Carlos tercero,
que hora me sigais espero
pues tal es su voluntad.

PRADO. (*Queriendo, aunque inútilmente, sobreponerse á sí mismo.*)

Y á mí... por qué?...

ALCALDE. Porque vos,
de sus tramas siendo agente,
abusabais torpemente
del santo nombre de Dios.

(*Los soldados se llevan á Prado, y el alcalde se retira despues de saludar cortesmente á las damas.*)

ISABEL. (*Despues de un momento de reflexion, y pasado el primer efecto de la sorpresa.*)
Ah!... ya tambien adivino...

CARLOS. (*Con ansiedad y recelo.*)
Isabel...

ISABEL. (*Animada de los mismos afectos.*)
Carlos...

MARIA. (*Santiguándose.*) Qué espanto!...
Era un jesuita, Dios santo!!

PEÑAB. (*A doña María con mal humor.*)
Y qué?...

MARIA. (*Dejándose caer en un sillon.*)
Quita. Te abomino!!... —
Él tambien!... De quién se fia
una, cuando aquesto pasa,
si hasta dentro de su casa
tropieza en la *Compañía*?!

VANUCCI. (*Estupefacto.*)
Y no me prenden!... qué horror!

CARLOS. (*A Vanucci.*)
Miembros de vuestra calaña
jamas pueden en España
causar á nadie temor.—

(*Dirigiéndose á Isabel con la mas afectuosa espresion.*)
Te encuentras ya convencida,
Isabel...

ISABEL. (*Bajando los ojos ruborizada.*)
Carlos...

CARLOS. (*Con avidez y como temeroso.*)
Qué dices?

ISABEL. Qué?... que vivamos felices!

CARLOS. (*Estrechándola contra su corazon.*)
Felices toda la vida!!

FIN DE LA COMEDIA.

reto de estado.
ias de un coronel.
el Veronés.
de la tempestad.
da improvisada.
ino el tapicero.
s solterones.
bre mas feo de Francia.
toledana.
ar.
igo de una madre.
morias del diablo.
sa con dos puertas.
.
n bofetones.
n vedado.
ario.
por interés.
r me vuelvo.
en padre.
o de Bilbao.
vell.
y Paulina.
ia de palo.
, viuda y casada.
testante.
a de Médicis.
allero de industria.
bal el leñador.
la de Belle-Isle.
elo.
lico y la huérfana.
o del hambre.
scripto.
ollacion de los inocentes.
s celosos.
nicos del rey de Prusia.
dia de Castro.
mbre de bien.
cajada.
.
reto de familia.
entura de Carlos II.
inera.
ader flamenco.
etario privado.
erna de Alby.
dena.
nobleza.
Perez y Felipe II.
enga sus agravios.
y cobrar el cetro.
años despues.
l novicio.
os.
Pilito.
la cieguecita.
tarios.
y el encojido.
uecas.
l del Godo.
a.
r razon la espada.
no de Guadalajara.
llo del rey D Sancho.
ja de Lanjaron.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton !!!
Doña María de Molina
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivri.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afan de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente
El hijo en cuestion.
Está loca !
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de Paris.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Honra y provecho.
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinar.
Vicente Paul.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darlington.
Sin nombre !
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un poeta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mi.
Honoria.
El capitan de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado.
La reina por fuerza.
Tóo jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padrino á mogicones.

La verdad por la mentira.
La oliva y el laurel.
La loca de Lóndres.
Las colegialas de Saint-Cir.
La feria de Mairena.
Elisa, ó el precipicio de Bessact.
El carcelero.
Probar fortuna.
Ya murió Napoleon.
El que se casa por todo pasa.
Pedro Fernandez.
El libelo.
Los tres enemigos del alma.
Bandera negra.
La copa de marfil.
La prensa libre.
La parte del diablo.
Memoria de un padre.
Cuando se acaba el amor.
El fanático por las comedias.
Floresinda.
Juan Tenorio.
Periquito entre ellos.
El diplomático
El parador de Bailen.
La veneciana.
La venganza de un pechero
Beltran el napolitano.
Españoles sobre todo.
La accion de Villalar.

Ademas de las comedias espresadas se han publicado ciento hasta hoy 1.º de abril de 1847, cuyos títulos y precios constan en los catálogos que se dan gratis en las librerías que se citan.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.
75 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.
40 idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Alcoy, Marti Roig.--*Alicante*, Ibarra.--*Almeria*, Alvarez.--*Badajoz*, Viuda de Carrillo.--*Baeza*, Alhambra.--*Barcelona*, Piferrer.--*Bilbao*, Garcia--.*Burgos*, Arnaiz.--*Cáceres*, Burgos.--*Cadiz*, Moraleda.--*Córdoba*, Berard.--*Coruna*, Perez.--*Cuenca*, Mariana.--*Granada*, Sanz.--*Habana*, Urban Ramos.--*Huelva*, Reyes Moreno.--*Jaen* Calle.--*Jerez*, Bueno.--*Leon*, Miñon.--*Lérida*, Sol.--*Logroño*, Verdejo.--*Lugo*, Pujol.--*Málaga*, Aguilar y Medina.--*Murcia*, Gisbert.--*Orense*, Novoa.--*Oviedo*, Longoria.--*Palencia*, Santos.--*Palma*, Gisbert.--*Pamplona*, Erasun.--*Plasencia*, Pis.--*Ronda*, Moreti.--*Salamanca*, Oliva.--*Santander*, Riesgo.--*Santiago*, Rey Romero.--*S. Sebastian*, Baroja.--*Sevilla*, Caro Cartaya é Hidalgo.--*Talavera*, Fando.--*Tarragona*, Mallot.--*Valencia*, Navarro.--*Valladolid*, Hijos de Rodriguez.--*Vitoria*, Ormilugue.--*Zamora*, Escobar y Pimentel.--*Zaragoza*, Yagüe.

En las mismas librerias se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografia, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Aragó: un tomo, 14.
Estas tres obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.
Poesias de **D. José Zorrilla:** 13 tomos que se espenden sueltos, 220.
—— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografia: un tomo, 24.
—— de **D. Tomas Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.
Recuerdos y fantasias por don José Zorrilla: un tomo, 10.
La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante: en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre: un folleto, 4.